

ellas de frente al horizonte.

—¿Conque es verdad que tú no quieres ir á servir?  
—preguntó Marín con cierta inquietud.

—¿No te he dicho ya que no? Aunque, después de todo, no sería un mal negocio: mi madre se aburriría sin mí y me haría volver en seguida.

—¿Y si no se aburría?

—Entonces me aburriría yo—repuso prontamente la joven apoyándose con un movimiento picaresco en el hombro de su novio, que le ciñó el talle con su brazo.

—¿Es verdad—le preguntó éste con voz lenta—que no podríamos vivir el uno sin el otro?

—¡Sí, es verdad, mucha verdad! Buenas noches, Marín; es preciso que me vaya.

—Todavía no.

—Sí, porque si no, me pegarán.

Marín se puso en pie inmediatamente.

—Vete—dijo—te acompañaré.

—No, ¡porque si alguien nos viera!...

—¡Tienes más talento que yo!—exclamó Marín admirado de tanta previsión.—Vete.

La abrazó otra vez y ella se marchó corriendo, trepando sin fatiga por la escarpada pendiente. Cuando los avellanos la envolvieron en su sombra, él volvió á sentarse en el sitio que ella acababa de dejar, y miró en torno suyo.

La luna, menos dorada, más blanca, tenía el aspecto más frío. Una ligera ráfaga de viento hizo estremecer las hojas de los árboles: en el obscuro fondo del cielo empezaron á dibujarse las estrellas. También estaba más sombrío el mar, el oleaje era más profundo: todo había perdido su aspecto más austero; pero la felicidad anidaba en el corazón de Marín.

—¡Qué hermoso es todo eso!—exclamó de repente.

Y permaneció mucho tiempo sentado en la piedra de granito, en tanto que allá abajo, muy por bajo de él, las olas con su lejano ruido de cristal roto, fran-

jeaba de plata las rocas cien veces cubiertas y descubiertas.

## IV

—Está bien: me iré á servir á una ciudad.

Con las mejillas encendidas, los labios burlones y los ojos bajos preñados de muda cólera, Mónica permanecía de pie ante su madre: ésta, que hilaba en la rueca, arrancaba metódicamente pulgaraditas de rubio lino, y, para sujetarlas, se pasaba de vez en cuando el índice por sus labios, pero sus labios, estaban secos y el hilo se rompía con frecuencia: la joven, que lo veía, seguía con movimiento irónico el movimiento del artefacto.

—Iré á servir á una ciudad, puesto que á usted le agrada más eso que tenerme aquí en el pueblo. Y luego, si usted no está contenta, pues bien, tanto peor.

—¿Y me hablas tú de ese modo?—dijo Clemencia estupefacta deteniéndose tan de repente que el hilo se le rompió y la rueca se le escapó de la mano.

Mónica no contestó, pero se grabó en su semblante una impresión maliciosa.

—¿Eres tú, mi hija, á quien yo he criado, la que me hablas así?—repitió Clemencia, más bien conmovida que encolerizada.

—¿Qué quiere usted que yo le diga?—contestó la joven levantando la cabeza.—Le he pedido á usted permiso para casarme y usted me ha prohibido que piense en ello. Le he pedido á usted permiso para irme y no me ha dicho usted que no. He creído, pues, que usted prefiere verme lejos á verme casada. Creo también que, en el fondo, usted me quiere lo mismo, y que se aburrirá cuando yo me vaya. No hay, por lo tanto, motivo para que usted se incomode, madre.



Clemencia cogió un poco de lino y reanudó el hilo sin decir palabra. Mónica dirigió una mirada hacia la puerta y exhaló un profundo suspiro.

Llovía: el agua caía verticalmente en gruesas gotas, sin aumentar ni disminuir: la verdura de los vallados, brillante y como barnizada en las proximidades de la casa, iba dulcificándose á la vista á medida que se alejaba hacia la pendiente del valle, y, á cierta distancia, no se veía ya más que un gris uniforme, plateado, delicioso, una especie de vapor. No hacía viento: el ruido del agua sobre las hojas era el único ruido que se oía: no se oía el gorgojo de los pájaros, no se veía luz viva: casi el silencio, casi la claridad del crepúsculo: sin embargo, se comprendía que no podían ser más de las cinco y que, detrás de la opacidad, el sol estaba aún muy distante de haber concluido su carrera.

Mónica se separó lentamente de la franja luminosa que entraba por la puerta y tomó una vasija de cobre para limpiarla.

Arrodillada en el umbral sacó el brazo fuera á pesar del aguacero y asió un puñado de hierba junto al escalón de la puerta, é inclinada sobre el redondo vientre de la vasija, se puso á frotarlo con fuerza.

—Sí—exclamó Clemencia con voz sorda y monótona, intencionada—parezco dura y mala, y sin embargo temo por ti á causa de lo que te quiero. Tú crees que el matrimonio es todo rosas... ¡Ah, pobre hija mía! ¿qué dirías dentro de un año si yo te dejase hacer tu voluntad? Aquí no haces más que lo que quieres...

Mónica movió la cabeza con ligero ademán de burla.

—Verdad es que trabajas, pero en lo que te parece... Si tuvieras las ocupaciones y las penas de una casa, pronto echarías de ver que hasta hoy no has trabajado más que para distraerte. Dices que te echaré de menos cuando te hayas ido, y es una verdad; pero preferiré pasar la pena de que te ganes la vida lejos de mí á verte en la miseria y no poderte sacar de ella.

Mónica, arrodillada siempre, frotaba con todas sus

fuerzas el hinchado vientre de la vasija que le devolvía la imagen de su bonita cara; pero seguía sin decir palabra.

—Tres días hace que pienso en ello—prosiguió su madre, cuyo movimiento se había regularizado y que hilaba ya sin accidente alguno.—Tú no puedes permanecer aquí ahora que ese joven te ha metido el matrimonio en la cabeza: te sucedería alguna desgracia y no quiero que te señalen con el dedo.

Mónica, hecha una amapola, se inclinó sobre la vasija y frotó con más fuerza.

—Es preciso, pues, que te vayas, y como ha pasado ya el momento en que pudieras entrar á servir aquí, forzoso es que te vayas á servir á una ciudad, como tú dices.

Mónica le dió vuelta á la vasija, cogió otro puñado de hierba y volvió á la carga con mayores bríos.

—Tú no sabes lo que es servir en una ciudad... te cansarás muy pronto.

—Entonces, madre, volveré al pueblo y dejará usted que me case.

—De ningún modo antes de tres años—dijo Clemencia con voz firme.

La decisión de la réplica hizo á Mónica levantar la cabeza y detener el movimiento de su brazo.

—¡Tres años! ¿dejará usted que nos casemos dentro de tres años?

—Siempre que no hayais cambiado de pensamiento—repuso la anciana.

¿Qué son tres años para una joven de diez y siete? Una eternidad, ó nada absolutamente, según la disposición del momento. Para Mónica, tres años le parecieron un día.

—¡Tres años!

Habíase levantado y miraba la niebla plateada en el valle.

—¿Entonces, por qué quiere usted que me vaya?

—Porque...



Clemencia se detuvo: aunque en los pueblos no se tratan estas cosas con delicadeza, ella no podía decirle á su hija que creía imposible una continencia de tres años en dos amantes que gozan de la libertad de verse.

—Porque es preciso que tú tengas algún dinero cuando te cases—dijo.—Que tu novio se acomode de su parte y tú de la tuya, y al cabo de tres años habréis economizado de vuestros salarios: entonces haréis lo que os parezca... si seguís pensando como ahora.

Mónica hizo un ligero ademán que expresaba confianza absoluta en el porvenir.

—¡Tendré entonces veinte años!—exclamó distraídamente.—Mucho tiempo es, pero pasará.

Su madre hizo un movimiento afirmativo con la cabeza: sabía por experiencia que el tiempo pasa más deprisa de lo que se hubiera creído y deseado.

—Y diga usted, mamá, ¿quién me buscará colocación en la ciudad? Yo no puedo ir, así, sola, para ir preguntando de casa en casa si necesitan una criada.

Se reía y toda su linda personilla demostraba alegría y confianza.

—Será preciso decirselo al señor alcalde—repuso Clemencia—él tiene parientes de su mujer que habitan en grandes poblaciones.

—¡Ah, sí, es verdad!—exclamó la joven—mamá: debía usted ir en seguida á hablarle y...

—¿En seguida?—le preguntó Clemencia absorta.

—Naturalmente, en seguida. Cuanto más pronto vaya usted, más pronto se tendrá contestación, y como usted ha marcado tres años, debe entenderse que son tres años á contar desde hoy. Por lo tanto, hágalo usted pronto, mamá, para que yo esté aquí antes de regreso. Hoy es 27 de Julio: el 27 de Julio dentro de tres años nos casaremos.

Clemencia no pudo dejar de reirse, por más que tenía el corazón oprimido.

—Vaya, querida mamá; se lo ruego: en seguida á casa del señor Mahaut; explíqueme la cosa, y que

no se vuelva luego atrás.

—¡Llueve!—replicó Clemencia mirando el camino mojado y reluciente como un espejo.

—¿Qué importa que llueva? ¿Acaso no llueve otras veces? La lluvia puede impedir acarrear la cebada, pero no impedir que salgan á la calle las personas. Además, aquí tiene usted su paraguas.

—Espera, al menos, que yo me ponga una cofia y un delantal limpios—dijo Clemencia resistiendo lo posible.

Pronto quedó abierto el armario, y Mónica presentó á su madre la más limpia de sus cofias.

Cinco minutos después salió la buena mujer y tomó el camino resbaladizo y luciente, en dirección á la casa del alcalde, situada en la plaza, en el mejor sitio.

En cuanto su madre dió la vuelta por el recodo del camino, Mónica, que desde el umbral la había seguido con la vista, interrogó al cielo, siempre parecido á sí mismo, y luego, haciendo una pequeña mueca seguida al punto de una sonrisa, trató de entrar...

Una sombra gris apareció en la puerta de una granja, desocupada en aquel momento, y la joven no dudó un instante de quién era el cuerpo que la producía. Sin apresurarse, pero sintiendo más rápido el latido del corazón, fué á tomar asiento donde estuvo su madre, cogió la rueca y se puso á hilar.

Oyóse fuera ruido de pasos: Mónica contuvo á duras penas una sonrisa que marcó dos hoyuelos en sus mejillas á despecho de ella misma, y siguió hilando con gravedad. La sombra entrevista un momento antes, obstruyó la luz, y Bonami, sacudiéndose el agua, apareció en el umbral.

—¿Eres tú?—preguntó Mónica con fingida gravedad.—Mi madre acaba de salir.

—Ya la he visto: estoy acechándola desde esta mañana: he pasado el día entero en la granja de Beaufils.

—Entra pues y siéntate—dijo tranquilamente la joven.—Ha ido á casa del señor Mahaut: podemos hablar



un rato.

Marín se sentó en el taburete de madera junto a la puerta de entrada, que seguía abierta, mientras que Mónica seguía hilando.

—¿A qué ha ido á casa del señor Mahaut?—preguntó el joven tras un instante de silencio, durante el cual había seguido su pensamiento viéndola libre.

La joven no respondió en el momento y pareció muy atareada: cuando deshizo el enredo formado con los hilos, siguió trabajando y dijo en voz baja:

—Consiente en que nos casemos.

Por grave que sea un hombre y por acostumbrado que esté desde niño á dominar sus emociones, no recibe tal noticia sin conmoverse. Marín acercó su taburete á la silla de Mónica, alargó con vacilación su mano y asió de pronto los dedos de la joven, en tanto que su honesta mirada obscurecida por un velo, buscaba los ojos azules y triunfantes de aquella.

—¡Mónica!—exclamó con voz profunda.

Y luego permaneció silencioso, cerrando, para gozar más en su alegría, los ojos que, de otro modo, quizá se hubieran cubierto de lágrimas.

Mónica dejó de hilar y dijo con gazmoñería.

—Pero no en seguida.

—Cuándo, pues—preguntó el abriendo los ojos.

—Dentro de tres años.

Marín soltó los dedos de Mónica, y esta siguió hilando, aunque más despacio.

—¡Tres años! ¡Eso equivale á decir que nunca!—dijo él con desanimación.—Mejor hubiera hecho en negarse rotundamente.

—¡No lo creas, torpe!—replicó la joven con viveza.

—Se dice tres años, y después, yo vendré el año que viene, diré que me aburro allí, y nos casarán.

—¿Quieres irte, pues?—murmuró el joven transtornado con aquellas explicaciones embrolladas.

—Sí, á servir á una ciudad. Dice mi madre que tú te colocarás también, para que tengamos dinero cuando

nos casemos.

Marín miró á su novia con ojos extraviados.

—¿Te gusta el dinero?—dijo—¡qué desgracia no ser rico!

—No soy yo, es mamá—dijo Mónica como resentida —y después de todo, es una verdad que no se deben casar el hambre con la sed.

Y dijo esto con entonación segura, como si aquellas palabras fueran fruto de su propia experiencia.

—¿Lo crees así?—dijo Marín envolviéndola con su ardiente y honesta mirada.—Pues bien, yo me había figurado otra cosa: yo había pensado que uno de estos días, después que nos hubieran echado graciosamente las bendiciones, te hubiera llevado yo á mi casita en el extremo de la población. La habitación no es rica, pero la casa es sólida y buena porque el Bonami que la hizo edificar no economizó cuidados, y las piedras eran hermosas piedras que no han dejado penetrar nunca el viento ni el agua. La mesa y los bancos son macizos: los colchones de la cama son de hermosa pluma de oca viva, y mi abuela hiló bastante toda su vida para que aun quede lienzo en el armario. Hubiéramos anidado allí los dos solos y por toda la vida, y si te hubiera tenido conmigo, Mónica, no hubiera pensado en fijarme si tu delantal era de seda ó de algodón: la comida que me hubieras preparado, me hubiera parecido siempre buena, y si hubiéramos tenido hijos, hubiera trabajado yo con toda mi alma para alimentarlos, como por tí y por cuanto te pertenece.

La mano de la joven había recobrado su puesto en la del labrador, y éste miraba á su novia como nunca lo había hecho. Ella lo había escuchado sonriendo en un principio, y luego, inclinando poco á poco la cabeza sobre el pecho, parecía escuchar en sí misma el eco de las palabras del hombre á quien amaba.

—A ti es á quien yo quiero — dijo Marín — y no al dinero: ¿necesitas, para casarte, mejores vestidos que los que llevas? ¿me quieres á mí ó á los muebles de mi



casa? Di, Mónica ¿por qué dices que necesitamos dinero, siendo así que somos jóvenes, animosos, y que nos queremos?

Ella lo miró como implorando su perdón y turbada, ruborosa, apoyó su cabeza en el hombro que se había acercado hasta tocarla.

Ambos permanecieron mudos con la mirada fija en el trozo de paisaje que la puerta encuadraba y que la lluvia seguía esfumando con ligera y plateada bruma.

Todo yacía tranquilo y silencioso como la vida que había soñado Marín. Sin grandes alegrías quizá, sin sobrehumanos esfuerzos, sin renunciaciones sublimes, pero armoniosa y pacífica, iluminada por la claridad interior de un gran amor latente, que no tenía necesidad de ruidosas manifestaciones y que constituiría la esencia misma de aquella vida.

Ruido de zuecos sobre el camino encharcado hizo estremecer á los jóvenes, que se separaron: Mónica echó mano de nuevo á la rueca. El ruido fué decreciendo y volvió á reinar el silencio, interrumpido únicamente por el ruido de las gotas al caer desde las nubes.

—¿De modo que no te irás?—preguntó Marín con acento suplicante.

—No lo deseo—repuso la joven dirigiéndole una mirada tierna y sonriente.

—¿Crees que tu madre escuchará razones?

—Lo ignoro en absoluto: á veces es muy obstinada.

—¿Pero tú estarás de parte mía, no es verdad?

—Naturalmente.

Oyóse nuevo ruido de pasos, aquella vez sin dejar de acercarse.

—Es menester que te vayas—dijo Mónica algo asustada.—Pero te va á ver: vete por el huerto.

—No—contestó Marín con acento firme.—He venido á ver á la mujer que pretendo; no tengo por qué ocultarme, y si nuestro matrimonio es sólo una cuestión de tiempo, mi visita no es una ofensa.

Al acabar de decir estas palabras, Clemencia apare-

ció en la puerta.

La mirada que dirigió á su futuro yerno no fué del todo afectuosa pero lo vió sin enojo y más bien como un mal necesario.

—He venido á hablar con Mónica—dijo él á modo de explicación.

—Ya lo veo—replicó la madre cerrando el paraguas.—¿Le ha dicho á usted ya que consiento?

El joven la miraba, no sabiendo cómo interpretar aquellas palabras.

—Para dentro de tres años, ni un día antes. Si le conviene, bien, y si no, lo deja.

—Más vale tarde que nunca. Vaya por los tres años, que luego, durante ellos, ya cambiará usted de modo de pensar.

—No lo crea usted, y ya que está usted aquí, escuche lo que voy á decirle. Mónica se va á ir á Rouen.

—¡A Rouen!—exclamaron á la vez los dos jóvenes.

—Sí, á Rouen. Está bastante lejos para que á usted no le den ganas de ir á distraerla de sus ocupaciones. La señora de Mahaut tiene en Rouen una parienta que se encargará de colocar á Mónica. Ahora bien; aconsejo á usted que se coloque como ella en cualquier granja buena, y dentro de tres años, si el corazón os lo pide, podréis casaros.

Bonami permanecía en muda desolación: Mónica le tocó con el codo, mientras que la anciana, sin preocuparse de su presencia, cambiaba de cofía.

—Sucedan muchas cosas—dijo la joven en voz baja á su desconcertado novio.—Espera, no te vayas, voy á hacer que se te invite á cenar.

El día declinaba con rapidez: crepúsculo precoz anticipado por la lluvia que oscurecía el firmamento, y parecía caer en el suelo dolorosa tristeza sin nombre, con aquella obscuridad ficticia. Marín miraba hacia la puerta con semblante desesperado.

—Mamá—dijo de pronto Mónica—puesto que usted consiente en nuestros esponsales, es preciso que lo fes-



tejemos. Marín cenará con nosotras!

—¡Buena fiesta!— murmuró la anciana— ¡y con el tiempo que hace!

—El tiempo no hace al caso, mamá— replicó la joven con tono picaresco.— Marín cenará con nosotras y haremos galleta.

La galleta del país no es otra cosa que unas tortas mitad de alforfón mitad de trigo. Por más que Clemencia protestó, Mónica sacó en un abrir y cerrar de ojos manteca, huevos y harina. Marín, enviado á una casa vecina, volvió con una olla de leche recién ordeñada, y la oscura habitación se iluminó de repente con la llama de los juncos secos sacados de la despensa por la joven, que llevaba arrastrando tras de sí largas ramas espinosas.

En tanto que Clemencia, refunfuñando aun, freía las tortas en la cocina, su hija, arrodillada, alimentaba el fuego con ramitas secas, y el reflejo de las llamas coloreaba caprichosamente su semblante. De vez en cuando fijaba los ojos en su novio, que la miraba con el alma llena de indefinibles sensaciones.

Así es como la veía después arrodillada en el hogar de sus antepasados, ocupándose, entonces, en los quehaceres de la casa, de la casa de ambos, y nada podría separarlos ya. La lluvia podría caer como quisiera por el camino y por el acantilado de la costa; ellos estarían en su casa, y ni los mugidos del mar en las cuevas de las rocas, les impedirían sonreír. Clemencia fué perdiendo el ceño poco á poco: la juventud y la alegría de los novios acabaron por conmovérla, y dió oídos á los propósitos, casi infantiles aun, de su hija, sin dejarse llevar con frecuencia de la aspereza de su carácter.

Comidas las tortas, decreció el fuego, que pronto no fué más que una brasa roja, que luego se cubrió de ceniza densa y blanquecina. La humeante lamparilla fué alumbrando cada vez menos, y Marín comprendió que debía marcharse.

— Buenas noches, Clemencia: buenas noches, Mónica— dijo.

Ella lo miraba conmovida: él la atrajo á sí y besó su sonrosada megilla: después abrió bruscamente la puerta que habían cerrado durante la cena. La lluvia seguía cayendo, pero se había levantado viento y la sacudía en rachas contra los árboles y las techumbres. Sin la menor muestra de indecisión ni de temor, desapareció en la oscuridad de la noche.

Iba sufriendo el chaparrón, ciego por los torrentes de agua que vertían las nubes, en la densa sombra que no rompía ni el menor rayo de luz, y sin embargo, templado aun por el calor del fuego que acababa de dejar, no pensando más que en la gracia ingenua de Mónica. Había sido aceptado ¿no era esto lo bastante para llenarlo de júbilo?

Llegado á la puerta de su casa, levantó el picaporte y entró.

La habitación estaba negra, fría y húmeda, y sintió por los hombros ligero estremecimiento. Allí se estaba más triste que fuera, siquiera el ambiente estuviese tranquilo mientras que la tempestad sacudía con furia, en el exterior, los avellanos del camino.

Encendió la luz sin precipitarse como hombre que se impone á sus movimientos, y la levantó á la altura de la cabeza para mirar en torno suyo.

Nada había cambiado; todos los objetos se encontraban en sus sitios de costumbre, y sin embargo, todo le parecía singularmente monótono. El pensamiento que había estado rechazando toda la noche, volvió á gravitar sobre él como una piedra, y se sintió triste, hasta morir de tristeza.

Sin embargo, Marín Bonami no era hombre que se dejase invadir por la tristeza sin mucha razón para ello. Fué á buscar juncos, encendió fuego, y durante mucho tiempo, mucho, estuvo mirando oscilar las llamas, elevarse y extinguirse en el fogón en que un día, tres años más tarde, lo mantendría Mónica, arrodillada sobre él.



El señor Mahaut era un hombre excelente: el alcalde Champcey estaba siempre y á la vez plétórico de seriedad y de condescendencia, lo que hacía de un solo individuo dos personas diferentes.

Cuando paseando á lo largo de su campo de cuatrocientos metros de longitud, sembrado aquel año de avena, vió venir hacia él á Mónica Brequet, su primer movimiento fué una alegría casi paternal.

—Buenos días, pequeñuela—iba á decirle por encima del vallado de escaramujos aun en flor.

Pero recordó que la joven iba á pedirle protección, verosímilmente acompañada de un certificado de buena conducta para ir á servir á Rouen, y se puso grave.

—¿Qué quieres hija mía?—le preguntó con su acento administrativo.

Mónica fijó los ojos en aquel poderoso personaje.

—Buenos días, señor Mahaut—le contestó ella con su buen carácter algo trapacero—¿puedo subir á hablar con usted?

El señor alcalde no sabía bien si debía permitirle aquella familiaridad, pero ya Mónica había pasado por una de las brechas abiertas en la cerca para acortar las distancias, y su lindo rostro aparecía encuadrado de resacas silvestres al nivel de las rodillas del alcalde.

—Triscas como un cabrito—le dijo, tornando á ser hombre.—Eso no te servirá de mucho en la ciudad, pero sirve para desendormecer las piernas. ¿Qué es lo que nos ha venido á decir tu madre ayer? ¿Quieres cararte, tú, una chiquilla?

—Cumpliré diez y siete años por San Miguel—repuso Mónica irguiéndose.

—¡Buena edad! ¡diez y siete años! Pues la menor de mis hijas tiene diez y ocho y no ha pensado aún tener novio.

—Pues á mí me quiere Bonami—dijo la joven con un movimiento coquetón, en parte de burla para con el pretendiente que «la quería», en parte de superioridad para con las jóvenes que aun no habían sido solicitadas en matrimonio.

—La verdad es que si te quiere—dijo el alcalde riendo, ni tú ni yo podemos hacer otra cosa, tú que dejarte querer, y yo que entregarte en matrimonio. ¿De modo que es cosa resuelta, y que quieres entrar á servir?...

Mónica hizo una señal afirmativa.

Las alondras cantaban en lo más alto del espacio: la avena, de un verde claro, tomaba el viso del moaré con las ondulaciones del fresco viento que hacía temblar las hojas. La lluvia de la víspera había sido absorbida por el sol: no quedaban huellas de ella más que en el follaje, que estaba más verde, y en los caminos, cuyos surcos indicaban los torrentes de la noche. Alegría é intensidad de vida extraordinarias bullían en la atmósfera templada por el sol sobre la tierra aun fresca.

El alcalde de Champcey miró á la joven como apiadado de ella.

—¡Tan pequeña — dijo — tan menudita y tan poco fuerte! ¿qué vas tú á poder hacer en casas ajenas?

—Lo que se me mande—contestó.—¿Es muy grande Rouen, señor Mahaut?

—Más grande que Champcey—le contestó él riéndose ¿no te molesta servir á los demás?

—No lo sé—repuso con candidez la muchacha.—¿Es eso muy difícil?

—Según.

Mahaut se quedó pensativo acerca de aquella respuesta comprometedora.

A los ojos de los aldeanos de aquel país, la domesticidad no es una situación inferior. Se comprende así desde luego tan pronto como se ve de cerca las relaciones entre amos y criados. Todas las arrogancias y todos los caprichos están de parte de estos, pues conocen que son necesarios, y abusan de ello. Cuando un propietario

30295

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Adq. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN



se decide á tomar á sueldo un criado ó una criada, es porque no puede atender por sí mismo y con la ayuda de su familia, á los quehaceres domésticos, y de ahí que el servidor suplementario sea una rueda indispensable á la explotación, y se hace valer como tal. Además, generalmente hay carencia de brazos y no se puede reemplazar un criado fuera de las épocas de acomodo que son por Santa Magdalena y San Martín. De ahí la independencia de esas gentes que son absolutamente los dueños de la situación, porque pueden irse cuando les plazca y no se les puede despedir sin exponerse á pérdidas materiales.

Mónica poseía en el más alto grado el sentimiento de su dignidad. Si hubiera sabido lo que se entiende por servicio doméstico en las grandes poblaciones, se le hubiera sublevado el orgullo; pero se figuraba, sencillamente, que sus deberes no serían otros que los que había tenido hasta allí, con la señora de Mahaut, por ejemplo, ó con cualquiera de los propietarios del contorno.

—Bueno, ven—dijo el señor Mahaut sintiéndose de nuevo alcalde.—Creo que mi mujer tiene que decirte algo.

Emprendió la marcha el primero como un personaje oficial, y la joven le siguió dócilmente, dando vueltas, alrededor de sus dedos, á un tallo de avena.

La señora Mahaut era una buena mujer completamente redonda. Hacía tiempo que le había desaparecido la cintura y que le había dejado de importar esto. Por milagro inexplicable, el delantal se le sostenía aún en derredor del cuerpo, y todo el día, recogido sobre el brazo izquierdo, servía para guardar las cosas más diversas, desde el grano para las gallinas, hasta el ovillo de lana que le servía para hacer media á ratos perdidos.

Por otra parte, no habiendo querido quitarse nunca su gorrita de aldeana, por más que le hubiera llevado en dote á su marido más de cien mil francos en tierras, en época en que los terrenos estaban baratos, exigía de

sus hijos que vistieran la blusa durante la semana como su padre, y sus hijas no habían conocido nunca otro sombrero que una gorrita blanca, sólo que la gorra era de valencienes de á luis el metro.

En el momento en que Mónica, siguiendo al señor alcalde, entró en la gran sala embaldosada, la buena mujer llevaba con las dos manos una vasija con leche, cubierta hasta los bordes de una espesa capa de crema amarillenta.

—¿Eres tú la que te vas?—preguntó—¿Qué idea más rara!

—Si mi madre me dejara casarme en seguida—repuso Mónica bruscamente—no me iría.

Mahaut se echó á reír.

—No está mal contestado—dijo.

El alcalde se sentó junto á la chimenea mientras que sus dos hijas mayores miraban á Mónica con un continente algo celoso.

—Pues bien—dijo la señora Mahaut que no era amiga de perder el tiempo,—escúchame y no me hagas que te repita nada.

Tomó una gran cuchara de madera casi plana y se puso á desnatar la leche, sin dejar de hablar.

—Mi hermana vive en Rouen: hace algún tiempo que me preguntó si conocía alguna muchacha del país que quisiera ir á servir á una dama amiga suya que está enferma y que hace años que no puede salir de su habitación. No pensaba yo en ti ¿quién se hubiera podido imaginar que tú querías marcharte? He contestado que no, porque una no quiere enviar á las casas, personas á las cuales una no conoce, ó que conoce demasiado bien. Ahora puedo preguntar si esa señora sigue en la misma idea, y si tu quieres ir, ¿qué demonio! no te lo impido. ¿Te conviene?

Ya no quedaba nata en la leche: la señora Mahaut colocó la cuchara de madera, y esperó la respuesta.

—Completamente lo mismo—repuso Mónica.

En Normandía, la anterior locución es una afirma-



ción completa: sin embargo, la joven añadió:

—Le doy á usted las gracias por su bondad, señora Mahaut.

— En ese caso, escribiré, y ahora, dime: ¿eso de Bonami ha sido de repente? ¿no te había dicho antes nada?

—Jamás.

—¡Diablo de mozo! jamás ha hecho nada como lo hacen los demás—dijo Mahaut con semblante pensativo.

—Te vas á aburrir lejos de aquí—dijo una de las hijas del alcalde.

—Quizá no—repuso Mónica.—Veré cosas nuevas y aprenderé.

—Y además, ganarás dinero—dijo la otra hija.

—Así deberá ser, puesto que para eso me voy.—Diga usted, señora Mahaut, si es que usted lo sabe ¿qué salario me darán?

Lo ignoro completamente, hija mía: eso lo arreglarás tú con ellos cuando estés allí: nada tengo que ver con eso.

Después de cambiar algunas palabras más, Mónica tomó el camino de su casa. En el ángulo de la plaza titubeó un instante: su corazón la empujaba hacia la casa de Bonami, en donde ella sabía que lo podría encontrar á aquella hora; pero un secreto instinto le advirtió que la noticia que le diera no le había de agradar, y se dirigió hacia el lado opuesto.

En pocas palabras puso á su madre al corriente de lo que había ocurrido, y se dedicó á su faena acostumbrada, algo más seria y silenciosa que de ordinario.

Era que Mónica no se daba cuenta exacta del cambio que iba á operarse en su vida, su naturaleza de pájaro no le inspiraba pensamientos profundos. Tenía diez y siete años y muchas niñas de doce la hubieran aventajado en reflexión. Su inteligencia innata la salvaba de cien locuras en las que su raciocinio no le hubiera servido de nada.

La petición de su mano que hacía de ella una per-

sona distinta y que le daba importancia, le había inspirado una idea nueva, y la joven se consideraba ya mucho más en serio su condición de prometida.

No pensaba, ni remotamente, que aquel acontecimiento le imponía nuevos deberes; veía en él, por el contrario, una especie de liberación, de emancipación de las mil sujeciones á que están sometidas todas las jóvenes. Con la confianza de su edad, consideraba los recelos de su madre como fantasías lúgubres de una mujer entristecida por los pesares de una vida penosa. Para ella, la existencia sería diferente: evitaría las faltas lo mismo que las penas, y el amor de su futuro, haría, para ella, del matrimonio, la perfecta realización del más hermoso sueño de ventura.

Todo hubiera sido delicioso si se hubiera podido casar en seguida, ó mejor dicho, al cabo de seis meses ó de un año, como de ordinario se hace en aquel país en donde los esponsales son largos. Permaneciendo en Champcey cortejada por su novio á la faz del mundo, gozando de todos los pequeños triunfos de amor propio que da esa encantadora situación de una prometida, cuyo casamiento se aproxima, no hubiera tenido nada que envidiar á la suerte.

Irse á servir era muy duro. El servicio no ofrecía, sin embargo, para ella, nada verdaderamente penoso: el trábajo material de los campos, que le era familiar desde su infancia, entrañaba, sin duda, más fatigas.

Pero dejar á Champcey, dejar á su madre y á su novio, eso merecía bien la pena de sentirse y era lo que la tenía silenciosa. Los recuerdos de la infancia daban vueltas en torno suyo como las mariposas en torno de una luz, á medida que iba comprendiendo mejor la noción real de su marcha. ¿Que su infancia había sido ruda? ¡Sea! pero era la infancia con la gracia indecible que dicha edad presta á las menores cosas. Todo le había parecido bello, grande, misterioso.

Su madre despertaba en ella también un sentimiento análogo: mirando á hurtadillas el perfil encuadrado



en la cofia, Mónica evocaba mil recuerdos del tiempo pasado. Aquel rostro serio había sido dulce en otro tiempo cuando se inclinaba sobre la cuna en que dormía la niña que apenas andaba. Aquellos ojos cercados de arrugas habían llorado después: la boca que sonreía á la niña querida y la prodigaba palabras acariciadoras, se había cuajado en una expresión firme y dolorosa; pero sin embargo, ¡cuánta bondad en aquella madre bajo su ruda apariencia!

Mónica se acordaba de que en otro tiempo había rodeado con sus manecitas aquel rostro tan poco comunicativo hoy. ¿Es que para los niños como para los pájaros hay un tiempo feliz en que sus padres los quieren y los miman, y otro tiempo luego en que, tratados como extraños se ven arrojados del hogar y del nido?

Si Clemencia quisiera, Mónica no se iría. Con un poco del dinero que guardaba para sus últimos días la anciana á quien la miseria asustaba, podrían casarse inmediatamente sin temor á los azares de la vida; pero Clemencia quería que los jóvenes se hicieran por sí mismos el nido... ¡Otra idea de pájaro y bien poco caritativa!

Mónica, con el corazón oprimido y conteniendo sus lágrimas, pensó en Marín Bonami. Este sería el que sentiría pena cuando ella se marchara. Ignorante de lo que era el amor, comprendía, no obstante, que el joven iba á vivir en profunda melancolía esperando en la fecha lejana que los hiciera el uno del otro. Pensó en ello un minuto, pero su imaginación inestable se desprendió de aquella meditación de cosas desconocidas que la entristecían y la fatigaban al mismo tiempo, y volvía á pensar en sí misma.

Rouen era una gran población, y era indudable que vería allí sorprendentes novedades. Debía haber sorprendentes almacenes con telas, muebles y joyas, con cosas de las que ni idea se tiene en un pueblo. Si la señora á la cual iba á servir era buena, le haría regalos: cintas, fichúes, un delantal de seda quizá, y más tar-

de... si le dieran... más tarde, cuando fuera á casarse... ¿si le dieran un reloj de oro?...!

Creyéndose muy sabia, se burló de aquel pensamiento y se encogió de hombros ante su propia quimera. ¡Un reloj de oro! ¡Qué inverosimilitud! ¡qué absurdo! En fin, algo le darían; ella no sabía qué, y cuando regresara ¡qué júbilo al enseñar los hermosos regalos que hubiera recibido en prueba de satisfacción por su buena conducta! Su madre, que la trataba siempre como á una niña, vería entonces que Mónica podía ser mujer de talento sin que hubiera necesidad de estar reprendiéndola siempre, como ella lo hacía.

—¡Mónica! te has vuelto á olvidar de darle de comer á las gallinas—dijo Clemencia con acento fosco—desde que tienes el pensamiento de casarte, no sirves para nada. En verdad, que harás muy bien en irte.

La joven se levantó á la primera palabra y llenó el delantal de grano que sacó de un cofre.

—Allá—pensó encolerizada—no irán tras de mí siempre con palabras duras, y, de otra parte, no las toleraré. Bastante tiempo me han tratado como á una bestia con palabras que son como latigazos.

Y su pensamiento se volvió de repente con gratitud hacia Marín que le había evitado siempre tantas penas y que nunca le había hablado sino con dulzura.

## V

Todo acaba por llegar, hasta las contestaciones á las cartas que han sido escritas mucho tiempo antes.

Un día de agosto, en que un ventarrón llevaba hasta lo alto del acantilado las blancas mariposas del mar, girones arrancados á la espuma que las olas formaban en las rompientes, el señor alcalde tomó el camino que conducía al mar, llevando una carta en el bolsillo y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO  
"ALFONSO GARCÍA"  
MEXICO